



Y sucedió lo que tenía que suceder

LA CRISIS EN EL ABASTECIMIENTO DE ALIMENTOS ESTABA PREVISTA. SEGUIMOS SIN POLITICA AGRARIA.

Y sucedió lo que tenía que suceder. El estribillo de la cancioncita aquella que aprendimos los que tenemos cierta edad y que tiene una connotación divertida y picaresca, lo estamos cantando sin ninguno de los dos contenidos. Está pasando lo que a tiempo se dijo que iba a pasar, debido a una carencia absoluta de política agraria. No es esta una observación que estamos haciendo a este gobierno en forma específica. Simplemente queremos decir que continúa no haciendo lo que otros gobiernos anteriores se han negado sistemáticamente a hacer. Si algo está resultando evidente, porque las cifras y los hechos se pronuncian abiertamente, es que hay un marcado continuismo en lo que parecería una voluntad del Estado en no tener una política agraria.

Mucho se dice sobre la vocación agraria de Colombia, se ponderan sus suelos, la calidad humana de sus campesinos, el privilegio de tener un país verde, con todos los climas, no subyugado a la cadencia de las estaciones, colocado en una posición geográfica ideal, con acceso a los dos grandes océanos.

Mucho se dice y nada se hace para sacar partido de la evidencia. En forma absolutamente simple tenemos que reconocer que, aparte de ese extraño y admirado fenómeno de la Federación de Cafeteros, no hemos

logramos establecer un criterio claro y confiable que nos permita hacer del agro el motor del desarrollo del cual tantas maravillas se predicán. Está ahí, a la vista de todos, envidiado por muchos, sin que nadie haya sido capaz de regularlo y sincronizarlo para que produzca lo que la providencia puso a su disposición para su funcionamiento.

Se nos quedó pegado un concepto de principios del siglo pasado, de esa escuela fisiocrática que hoy pertenece social y políticamente a la paleontología, según la cual la tierra y la posesión de la misma es la base de la prosperidad y riqueza de los pueblos. Y seguimos hablando así cuando tenemos el ejemplo de unos cuantos pedazos de rocas, como el Japón, Corea y Taiwan, que nos está demostrando la falsedad del acerto. Y esto sin hablar de ejemplos anteriores como Suiza y los Países Bajos, sobre los cuales no puede decirse válidamente que sus extensiones cultivables los enriquecieron. A todos estos países lo que los enriqueció no fue la tierra, sino la utilización racional de ella. Ninguna extensión es suficiente para sufragar el costo de la irracionalidad.

Para el Estado colombiano el tema de la agricultura no entra en discusión sino de manera residual, como algo intelectualmente posterior a otros propósitos que aparecen como más importantes. Se le usa para pronunciamientos demagógicos, para promesas inconsultas y para justificar errores. Pero nunca como un propósito básico y estructural del desarrollo. Y siempre nos sucede lo que tiene que suceder, a pesar de

todas las advertencias, porque éstas no logran sobrepasar la categoría residual a la que las tenemos relegadas.

Este país verde, con todas esas connotaciones favorables, se está convirtiendo aceleradamente en importador de productos agrícolas que debería estar produciendo. Hace ya tiempo que resolvimos eliminar la producción de trigo. El maíz, autóctono, base de la cultura indígena, al paso que va, será pronto uno de esos renglones de importación que habrá que tener en cuenta en nuestros cálculos del sector externo. La lenteja, el frijol y de pronto el algodón, si continúa la violencia en los campos y la improvisación en la política agropecuaria, adquirirán la misma categoría. Todos estos casos nos están demostrando la inexistencia de una voluntad nacional de aprovechar las condiciones que la providencia puso en nuestras manos.

El caso que tenemos patente ante nuestra vista es el del arroz. Desde agosto del año pasado se advirtió que para esta época se presentaría una escasez, a pesar de que en ese momento se presentaba un superávit exportable que, como es natural dentro de la falta de política, no fue exportado. Consumido el excedente, el Idema fijó unos precios de sustentación no remunerativos y sólo pudo captar 40.000 toneladas reguladoras de las 140.000 que debería tener en sus almacenes para poder tener una adecuada capacidad de regulación del mercado. Vino la escasez anunciada y la especulación, no justificable pero explicable, tanto

más cuanto que enteramente previsible. Y mientras tanto se acabó el arroz subvencionado en Venezuela, que venía prestando un cierto servicio regulador, al tiempo que se aumentaron los consumos internos durante la minibonanza del pasado año. Y sucedió lo que tenía que suceder.

Ahora, sólo ahora, se toma la decisión de importar existencias reguladoras, en momentos en que el arroz ha subido de precio en los mercados internacionales por una baja de la producción mundial de cerca de veinte millones de toneladas. Y cuando este arroz comprado en el peor momento llegue al país, entrará a competir con la alta producción nacional que se presenta durante el mes de mayo, es decir, precisamente en el momento en el que la importación es menos necesaria. Se encontrará entonces el Idema ante la disyuntiva de almacenar la importación con todo lo que ello implica como costos financieros y de oportunidad, o sacarla al mercado produciendo una baja en los precios totalmente artificial, que si bien puede tener momentáneos resultados halagadores al disminuir la tasa de inflación, causará serio perjuicio a los cultivadores.

Todo este proceso nos está indicando con toda claridad que no contamos con una política agraria y que los agricultores no sólo ponen su dinero a la intemperie de las condiciones climáticas, sino a la de las improvisaciones de un Estado atravesado, que interviene en todo pero mal y a destiempo.

Según algunos cálculos no confirmados, tendremos que importar este año más de un millón cuatrocientas mil toneladas de alimentos que debiéramos estar en condiciones de producir para nuestros mercados y con posibilidad de contar con excedentes exportables. Y ésto mientras se

dice que el sector agrícola está en pleno crecimiento. Es el típico caso del engaño estadístico. Cuando se produce un estancamiento, cualquier mejoría permite hablar de porcentajes halagadores, como cuando se dice que un enfermo grave "está mejorcito", aunque su condición esté muy lejos de ser buena. La verdad es que la frontera agrícola de hoy abarca el mismo número de hectáreas que en 1978, que el ritmo de inversión no es comparable con el crecimiento de la demanda, que los equipos y las tecnologías se están envejeciendo, así vivamos de la ilusión que nos produce la comprobación de que se están exportando unas cuantas uchuvas por allí, unos mangos por allá, una pitahayas por acullá. No nos digamos mentiras: aunque sea cierto que algo

se progresa, a pesar de todo, lo cierto es que nuestro atraso relativo es cada vez mayor.

Pero no hay que ser injusto con los funcionarios encargados de formular la política agraria. Es que materialmente no tuvieron tiempo para ocuparse de ella, ocupados como estaban, de día y de noche, en pergeñar esa "reforma agraria", intentar pasarla por un Congreso renuente, hacerla aprobar en forma fraudulenta, para que al final se quede sin sanción presidencial y sin que nadie tenga un concepto claro de qué fue lo que se quiso hacer.

Y mientras tanto sigue y seguirá sucediendo lo que tiene que suceder.

Fuente: Editorial de la revista Síntesis Económica. Marzo 21 de 1988.



CRITERIOS

Aceites y grasas: ¿Una inversión a largo plazo?

Las relaciones entre los dos principales productores de aceite comestible —los productores americanos de frijol de soya y los cultivadores malayos de aceite de palma— han llegado a un punto bajo. Las acusaciones, impulsadas de una parte por el temor a nuevos sustitutos y por la otra por el temor a la restricción del mercado lo que significaría privaciones en el Lejano Oriente, han ido y venido.

Derrick Shave, Presidente de la División de Compras de Aceites y Grasas de Unilever, está bastante capacitado para hacer comentarios sobre la batalla que se libra

actualmente entre los gigantes de los aceites y grasas, a medida que se va desarrollando con la ayuda de las campañas publicitarias y los pronunciamientos gubernamentales. En un trabajo presentado en las recientes Conferencias sobre Aceite de Palma celebradas en Kuala Lumpur, hizo comentarios sobre la reciente controversia y sobre la forma como consideraba debía encaminarse el aceite de palma para lograr los mercados necesarios con el fin de mantener la producción de lo que en un corto tiempo se ha convertido en uno de los más importantes aceites del mundo.

